

Combate a vida



Entrada al hospital.

Cada vez más cerca, aunque cada vez más lejos...

Entrada al hospital. Mole inmensa que se recorta inmóvil entre el paisaje urbano y el inefable cielo, que esa tarde se pintaba tan gris como el cemento... Paisaje de cemento, gris, blanco y más cemento y más y más cemento.

A lo lejos, ya se oía la sirena como en un lamento suave de las míticas sirenas. Ambulancia que venia expeliendo su grito lastimero de bebé en peligro...

Cada vez se acercaba más y más a su destino..., y aunque el médico asustado, hubiese querido escaparle a tanto drama derramado, pensaba y hasta ensayaba cosas, que en su cabeza inventaba. Evaporarse. Desaparecer entre las nadas de las nadas... pero nunca era tan fácil. Angelito hecho bebé, que ya casi, ni respira. Angelito hecho en grises y en azules, de una piel que grita y grita, desespera, pues el aire se le niega.

Parque inmenso de hospital inmenso. El viento sacudía las copas de los árboles preñados, como queriendo arrancarles las viejas historias que guardaban y de las cuales, ellos fueron siempre mudos testigos olvidados. El arco iris se dejaba morir lánguido, entre lo más alto de ese follaje tembloroso y anémico. El polvillo etéreo de las alas de miles de mariposas traviesas, espolvoreado a diestra y a siniestra, animaba los extraños vuelos de las amarillentas hojas. Otoño. ¡Otoño! ¡Todo era tan otoño y más otoño...! Y claro, como no había poesía, el tiempo la escribía a su manera entre esos árboles. Pero el drama se hacia aun más drama al recordar que todo, había comenzado con el chocolate granizado en un helado.

El aroma de las hojas amarillas dejándose caer, cubriendo las huellas de cientos de pisadas, era un estrépito tan sordo que ya nadie lo escuchaba. Los segundos iban pasando y pasando sin pausas, por esa vida que se había detenido, en una cadena infinita de nubes de tonalidades diferentes. Amor de madre y locura, locura y amor de madre, que disfrutaba en la locura y se asustaba, del amor tan grande de esa madre. Pero cuando el badajo tañe en las campanas de maderas, sus sonidos secos y marchitos hacen vibrar las almas de aquellos, que se sienten tan resacos como ellas.

Madre y médico se miraban aterrados. Percepción del otro, dejándose penetrar por su energía en carne viva, mucho más allá de la materia tosca. En la vida no hay finales; hay momentos tan sublimes que parecen arrancados del acuoso azul del cielo, o tan monstruosos, que parecen salpicados desde las más embriagadoras charcas putrefactas. Percepción del otro, que se vuelve presencia en cada ausencia. Y el bebé que se aleja y se aleja, más y más... Golpes. Darlo vuelta. Y más y más golpes en la espalda... pero el mundo

se llena en un terror, que paraliza. Y suda. Y no respira... no respira. Ni el médico, ni la madre, ni el bebé...

Y por fin, llega la ambulancia a su destino. Y el destino, va llegando sin prisa hasta esa madre y su bebé, derramado en un azul Prusia muy intenso. Territorio de tinieblas, donde solo el amor le devuelve sentido al sin sentido. Territorio donde el día y la noche, el frío y el calor, el bien y el mal, se anudan sin fisuras. El tiempo a veces se transforma en sangre y en otras, en dolor sublime. Dolor de madre que es tan grande, que ni siquiera una lágrima se atrevió a asomarse en el blanco de sus ojos, que revientan del dolor intenso.

El viento quiere enamorarla, abrazarla con ternura, cuando ella baja de la ambulancia y le quitan al niño hecho un azul triza, de entre sus brazos. Y le hace cientos y cientos de murmullos en la piel, acariciándola desesperado. Le enreda los cabellos y juega con sus ropas, intentando consolarla. Hay algo de trágico y mucho de mensaje, cuando el mar devuelve el cuerpo de una mujer ahogada. Hay algo del niño que se quedó ahogado en esa almendra, cuando le atravesó su vida en la garganta. Hay algo que muere en cada madre, cuando se le muere el hijo que le comía un helado granizado, sentado en los calores de su falda. Hay algo de mensaje, en cada curva del destino...

Mensajes que desde siempre anidan en nosotros y que se encienden cada vez que el sol, se apaga en nuestra vida. Los ojos dicen mucho más que nuestros labios, tantas veces. Péndulo enmarcado en un tono ondulante, que oscila inacabable entre el negro pesimismo y la esperanza coloreada, en una vida que se salva, o no se salva. Que se salva, o no se salva. Que se salva, o no se salva. Frenesí de órdenes y de corridas. Dos médicos en la cabecera, dos a la izquierda, dos a la derecha y dos más, a sus pies. Dos enfermeras a la izquierda, dos a la derecha y dos más atrás, recargando jeringas y esperanzas. Dos horas y los médicos... que ya casi ni hablan, y cada vez se mueven menos... corren menos. Mucho menos... cada vez menos. El azul se hizo negro y luego, terminó fijado en un gris pálido, muy pálido...

Vivir. Deambular desde la nada hacia otra nada, es el miedo que nos persigue al existir en este mundo. ¿Será esto que vemos, que tocamos, lo único que existe? ¿Cómo se le dice a una madre que su hijo ya no vive?

Emergencias, es una forma de vivir entre la vida y la no vida. Médico de emergencias, entrenado para devolver la vida. Disfraza su sabiduría con ridículos harapos de loco desquiciado (algunos lo llaman uniforme de emergencias), lo cual lo torna muy, muy aceptable para todos. Siempre deambula por ese camino blanco donde él se imagina, que un día llegará a ese lugar maravilloso, donde el espejo nunca más le devolverá el reflejo de sus miedos y monstruos más ocultos.

- *Hicimos lo imposible, lo imposible... y más, también* - las palabras del médico trasuntan la angustia, el miedo y el fracaso de no haber logrado aquel milagro de revivir a un niño ahogado. Milagro que a veces lo lograba con alguno que otro anciano desahuciado. Milagro que a veces aparecía entre los hierros de un choque de autos espantoso. Milagro que ese día, no quiso aparecer. Un sin milagro que se le pintaba en su cara, agotada del feroz combate por la vida.
- *No importa, doctor. Usted lo peleó muy bien a ese combate a muerte. Peleó tan bien,*

que hubo un momento en el que hasta empecé a dudar. Le juro que casi, casi se lo dejo a ese bebé... pero la orden de llevármelo, me vino desde muy, muy arriba...- y la Muerte con su voz de escarchas y de ausencias, lo saludó, inclinándose solemne y reverente su huesuda cabeza. Y luego se retiró respetuosa y en silencio, sin darle la espalda al médico de la Unidad de Emergencia.

Y es así, sí. La Muerte siente un gran respeto por los Médicos de las Unidades de Emergencias. Son los únicos médicos que todos los días, dialogan con ella. Médicos, enemigos a muerte de la muerte. Ella suele repetir en sus noches de cosecha, con la guadaña en una mano y el reloj de arena en la otra, que el valor de su enemigo, es lo que más la honra...

... Fin...